

Magufos y fantasía

Cierto es que desde que tenemos constancia de nuestro pasado, han existido magufos. Fuera en forma de brujos, astrólogos, visionarios, etc..., la capacidad para lo fantástico y fantasioso nos ha acompañado desde siempre.

Cabría pensar que el margen para tales actividades debería reducirse con el tiempo. El conocimiento, la cultura deberían ser un antídoto que nos impidiera ser tan crédulos. Pero la realidad es muy otra.

También es verdad que si bien nuestros conocimientos, el desarrollo de la ciencia y de la técnica se han acelerado de manera asombrosa, hasta tal punto que la inmensa mayoría de los conocimientos actuales han sido adquiridos en el transcurso del último siglo, la cultura media de la sociedad no solo no ha crecido en consonancia con la citada adquisición de conocimientos, sino que es perceptible un declinar de la misma en los últimos treinta años (al menos).

Profundizar en la ciencia no siempre es fácil, de hecho suele ser bastante complicado. Incluso arduo y árido. Por ello, una alternativa de presentación fácil y atractiva resulta muy vendible.

Si además quien tal alternativa presenta, la utiliza a modo de arma de descrédito frente al científico serio, cuestionando al mismo, es fácil obtener las simpatías de quienes se sienten agobiados ante tantas ecuaciones, formulas y palabras técnicas. No deja de ser una reacción muy humana atrincherarse tras la primera protección que encontremos, por muy endeble que sea. Abrumados ante las afirmaciones de científicos y técnicos que somos incapaces de comprender, es comprensible que sintamos simpatías por quienes les critican y desacreditan sus planteamientos, por muy falaces que sean las razones argüidas.

Y aquí es cuando se juntan "el hambre con las ganas de comer". La reacción, tan visceral como falta de lógica, antes expuesta se ve amplificada por las historias fantásticas que acompañan las pláticas de los magufos. La atracción por los relatos fantasiosos es un hecho común entre los humanos. A todos nos gustan, nos resultan atractivos, por lo que resulta fácil dejarnos encandilar por ellos y convertirnos en fervientes creyentes.

Y así los relatos sobre visitas alienígenas son todo un éxito, como demuestran la infinidad de publicaciones, asociaciones, documentales y otros programas y actividades que tienen por objetivo tal materia.

Como ya he comentado en ocasiones anteriores, El canal temático "Canal de Historia" ha encontrado una "mina", para mejorar su audiencia, gracias a los múltiples pseudo documentales que emite con alta frecuencia, y cuyo contenido dista mucho de poder ser considerado serio. Entre ellos destaca la serie dedicada a los alienígenas, más exactamente a sus supuestas visitas en tiempos ancestrales, y sus supuestas intervenciones en el desarrollo de la humanidad.

Los defensores de estas teorías son muy flexibles a la hora de desarrollarlas. Así es posible que nosotros seamos los descendientes de los antiguos alienígenas, o el resultado de la manipulación genética por ellos realizada entre especies existentes. Pueden haber venido con fines bondadosos, preocupados por nuestro futuro, o por el contrario tener oscuros e inconfesables fines. Por lo tanto, el mismo experto que aparece en un momento dado defendiendo un criterio, puede aparecer cinco minutos después argumentando el contrario.

Lo que no se les puede negar es su capacidad imaginativa. Aunque tampoco es tan difícil. Y para demostrarlo, hoy voy a ponerme en sus botas. Haré de magufo, y plantearé una teoría alternativa.

Después de consultar mi particular "Bola de Cristal", he llegado a la conclusión de que los argumentos que se presentan como validadores de la visita alienígena acaecida en la antigüedad corresponden en realidad a otra causa. Me refiero a la coincidencia de características culturales en distintas culturas repartidas a lo largo de globo y que, según la historicidad clásica, no tuvieron relación entre ellas. Tradiciones, costumbres, conocimientos que encontramos repetidos en distintas sociedades sin vinculación común. O las construcciones en piedra, de dimensiones increíbles. Por supuesto, y desde la perspectiva adoptada, son inadmisibles las soluciones propuestas por historiadores y técnicos adscritos a la línea de pensamiento clásica.

¿Cómo entonces explico yo, en mi nueva faceta de magufo, todo esto? Muy fácil: nuestra civilización técnica no es la primera en la Tierra. No son necesarios los alienígenas, nuestros antepasados

lejanos, anteriores a lo que conocemos como paleolítico, constituyeron una civilización altamente avanzada y desarrollada.

¿Qué pruebas tengo? En realidad ninguna, pero no me hacen falta. Siguiendo la misma metodología de los defensores de los antiguos alienígenas, me basta desarrollar una teoría, y si alguien no está de acuerdo, que demuestre él que es falsa.

Tenemos datos empíricos que sitúan el inicio de nuestra era interglaciar (o postglaciar, según la postura que se adopte) hace 10.000 años. Dos mil años después aparecerán las primeras civilizaciones en Mesopotamia. Hace unos cinco mil años aparece la escritura, dando lugar al inicio de la historia escrita.

Pero si yo pongo en marcha mi imaginación, puedo diseñar un proceso anterior, consecuente con la historia conocida. Imaginemos (nunca mejor dicho) que nuestra civilización técnica no es la primera. Si repasamos los periodos glaciares e interglaciares, podemos observar un periodo semejante al actual situado hace 140.000 años.

Pues bien, podemos imaginar que en ese periodo se desarrolló una civilización humana que llegó a niveles técnicos muy elevados, pero que además se diferenció de nosotros en el hecho de que su evolución del conocimiento y condicionantes socio-culturales fueron radicalmente distintos. Ello no tiene por qué asombrarnos. Pensemos que la evolución cultural de la llamada cuna de la civilización marcaba unos derroteros muy distintos hasta la llegada del cristianismo, momento en que se produce un fuerte retroceso cultural y social que condiciona nuestro momento actual. Sin dicho retroceso, nuestro avance cultural y técnico podría haber sido muy distinto. A quien le parezca que exagero, un par ejemplos nimios: el cemento romano utilizado en sus construcciones era de tal calidad y resistencia que estas ha llegado a nuestros días. No podemos decir lo mismo de los actuales, que a los cuarenta – cincuenta años ya empiezan a dar serios problemas. Otro, nuestros actuales estadios, pese a los portentos técnicos vigentes, no pueden igualar el antiguo Coliseo Romano, que podía ser inundado para simular en él una batalla naval, algo que hemos sido incapaces de reproducir. ¿Dónde estaríamos ahora sin el freno del cristianismo?

Pero sigamos imaginando y pensemos que el desarrollo técnico de dicha civilización antigua obvió las fuentes energéticas fósiles y basó su desarrollo en lo que hoy denominamos fuentes alternativas,

llegando también a dominar la fusión nuclear. Ello explicaría como pudo existir una civilización técnica antes que la nuestra y sin embargo nosotros, en su momento, halláramos los recursos fósiles intactos.

La posterior glaciación debió provocar una presión hacia la concentración de la población en las zonas más cercanas al plano ecuatorial. La extensión de los hielos desde los polos, haciendo inhabitable grandes superficies de Europa, Asia, América del Norte, América del Sur, Australia y sur de África necesariamente debió agrupar a la humanidad en la franja media de la Tierra.

Aunque también es cierto que la retención de agua, en forma de hielo, debió dejar al descubierto grandes extensiones de la plataforma continental. Si las estimaciones actuales indican que el 60% de la población vive en zonas costeras (en la franja de 100 Km. De costa), hay que suponer que lo mismo ocurriría en la lejana época a que nos referimos. Por tanto, la mayor parte de la población viviría en lo que hoy está cubierto por el mar. Lo que explica la falta de hallazgos de dicha civilización.

Ese confinamiento en un área relativamente reducida de la Tierra podría haber dado lugar a tensiones internas entre los humanos de ese periodo, lo que unido a los enormes problemas de supervivencia generados por la glaciación, o quizás al llegar a su fin esta (debieron ver buena parte de sus ciudades e industrias inundadas por el mar al retroceder los hielos), serían motivos más que suficientes para generar conflictos armados. De ahí las leyendas y mitologías que surgirían en los pueblos de nuestra antigüedad.

Los restos de la tecnología de esa antigua civilización serían los que habrían dado lugar a los restos arqueológicos considerados por algunos como "inexplicables". Posteriormente, este conocimiento también se perdería, en una sociedad condicionada fundamentalmente por la pura supervivencia.

Como podéis ver, si damos rienda suelta a la imaginación y eliminamos las limitaciones que imponen el aportar pruebas sobre nuestras afirmaciones, es perfectamente posible elaborar teorías que suenen mínimamente convincentes. No es tan difícil. De hecho está al alcance de cualquiera, como se puede ver. Y además resulta tentador ¿No sería maravilloso encontrar restos de una cultura técnica anterior a la nuestra? Y nadie puede demostrar que no sea así. Pero

recordemos que no es suficiente que de una afirmación no pueda demostrarse su falsedad para considerarle cierta. Hay que presentar pruebas fehacientes de su certeza. Y eso es precisamente lo que falta en el relato anterior.

La fantasía es buena para el ser humano. Nos aporta capacidad creativa. Pero debe permanecer sometida a la razón, a la lógica y al estudio sistemático y metodológico. En caso contrario nos lleva al absurdo.